

DECIMONOVENO CRUCERO DE INSTRUCCION DEL BUQUE ESCUELA "ESMERALDA"

Por

Manuel CONCHA Coll
Subteniente, Armada de Chile



EL BUQUE Escuela "Esmeralda" esperaba en Talcahuano el fin de sus reparaciones y ajustes, después del cambio de motor, para iniciar su nuevo crucero de instrucción. La "Dama Blanca", a decir de su comandante, estaba ahora vestida de delantal, pero ansiosa de recibir a su nueva tripulación que la conduciría a mares y puertos extranjeros.

Poco a poco se fueron notando los progresos en el alistamiento de nuestro buque. Parecía que sintiera los cambios que se le hacían para renovarlo, puesto que su fisonomía se mostraba como juvenil. El viejo y noble motor que lo llevara por los mares del mundo en dieciocho cruceros de instrucción, había cedido su lugar al nuevo e inexperto, ansioso de comenzar a operar: se había cambiado el corazón pero no el espíritu.

Pronto comprobamos con satisfacción que la "Dama Blanca" lucía ya como tal, y tras las pruebas de máquina y últimos ajustes, se hizo a la mar rumbo a Valparaíso una tarde de sol en que la alegría

de sus tripulantes daba un brillo especial a su silueta marinera. El canto de los hombres formados en sus puestos de repetido general, vibrante como nunca, era la expresión de esta alegría, contenida durante el período de reparaciones que nos pareció interminable. Salimos por la Boca Grande de Talcahuano, y la primera maniobra general para cazar el aparejo que realizamos frente a la Escuela de Grumetes, demostró que cada tripulante marchaba orgulloso de su buque.

Llegamos a Valparaíso una fría mañana otoñal, comenzando de inmediato los preparativos y faenas que habrían de proveer al buque de todo lo necesario para la mar.

Uno a uno fueron llegando a bordo los tres subtenientes invitados de las otras ramas de la Defensa Nacional. Fueron recibidos por el curso de guardiamarinas, de acuerdo a nuestra tradicional caballerosidad, siendo entonados sus respectivos himnos institucionales: en la "Esmeralda" se habían juntado las cuatro espadas.

Después de casi un mes de faenas estuvimos listos para el zarpe el viernes 26 de abril, en que realizamos una práctica

de maniobra general en la mañana para quedar fondeados a la gira posteriormente.

Llegó el día en que hubimos de levar anclas y la alegría del impulso aventurero se mezclaba con el pesar de la partida. Fuimos despedidos oficialmente por el Comandante en Jefe de la Primera Zona Naval quien, en representación del almirante Sr. José Toribio Merino Castro —que no pudo estar con nosotros como hubiera querido en razón de las funciones de su alto cargo—, nos sintetizó cual era la misión que nuestra patria nos encomendaba en estas horas difíciles: hacernos marinos y mostrar la realidad chilena en los países que visitáramos, dejando en cada amigo extranjero a un admirador de este suelo.

El día era magnífico para la navegación a vela y por ello cazamos todo nuestro aparejo. Aún resonaba en el aire La Canción del Adiós, que entonamos a una para aquellos que habían venido a darnos un "hasta pronto". Dejamos atrás el hogar y pusimos proa hacia alta mar, mientras observábamos con resignación alegre el botecito donde "ellos" aún agitaban sus pañuelos. La suerte del marino, pensamos, pero también lejos nos esperaban mil dichas.

Supimos del régimen diario y de las maniobras veleras matutinas durante esa navegación a Antofagasta que pasó como un sueño. Al despertarnos nos encontramos arribando a Antofagasta Dormida, que también despertó con nuestra presencia. De inmediato sentimos ese calor tan propio de nuestra gente, como en todos los lugares de la nación. Lo notábamos en las calles, en las recepciones oficiales, en las presentaciones militares, en todo el contacto que mantuvimos con aquellos compatriotas del norte minero durante los tres días que permanecemos en ese pedazo de tierra chilena, el último que pisaríamos hasta el regreso.

El momento de la partida fue majestuosamente hermoso: toda la ciudadanía de Antofagasta quiso decirnos con su presencia en el muelle que no olvidáramos a Chile. Quisieron grabar en nuestras retinas el espectáculo de una muchedumbre querendona que enmarcaba a un grupo folklórico. Los cantos y danzas de nuestra tierra nos penetraron hasta la médula misma del sentimiento, respon-

diendo entonces con nuestros himnos tradicionales "Brazas a Ceñir" y "Lilly Marlene", cuyas letras cobraban realidad como nunca.

Terminó el crepúsculo y cayeron las sombras, tragándose aquellas imágenes que habían llegado a ser queridas. Ibamos rumbo a la nación hermana del Ecuador y a saber de las primeras navegaciones largas con sus calores tropicales: parte de las pruebas que se deben pasar para adquirir el temple marinero.

Navegando frente a las costas del Perú, hubo un día en que detuvimos la rutina diaria. Nos hallábamos en la latitud en que había terminado sus días con un incendio el otrora orgulloso buque escuela, la fragata "Lautaro". Al recuerdo de aquellos marinos caídos en acto de servicio, nos recogimos unos momentos en respetuoso silencio mientras la melancólica letanía de la corneta se enseñoreaba de los mares. Una corona marinera tejida de manila y wípe fue a dar a las aguas que supieron de esa tragedia, para materializar así nuestro homenaje.

A medida que se pierde latitud la fauna se muestra diversa. Tuninas y delfines se dedican a jugar con nuestro bigote de espuma marina, mientras las aletas de tiburones que surcan las aguas nos avisan que resulta peligroso caerse al mar. El calor aumenta y nos vamos dando cuenta de la presencia del trópico.

Y finalmente, el 16 de mayo ya estábamos a la entrada del río Guayas. Un paisaje de palmeras adornaba sus orillas a la puesta del sol, que, con su claror de luces y arrebales, anunciaba que el día moría. Pero ese día no murió para los tripulantes de la "Esmeralda" como cualquier otro: estaba programado un festival de la canción para poner a prueba el ingenio musical de la dotación, el cual se llevó a cabo en nuestro fondeadero de pintado, en el mismo río Guayas.

El Festival de los Mares del Sur fue la expresión de la chispa e inventiva que todo chileno lleva adentro como legado de la raza. El chiste sano de los sketches, las improvisadas canciones que competían, los temas folklóricos, todo conformaba un espectáculo que aliviaba las tensiones propias de las navegaciones largas. Hubo un muy primer lugar: la cueca "Carreta, vamos a cazar las velas", original

del Departamento de Máquinas, resultó vencedor por su sencillez y por reflejar muy bien el sentir general. "Puertos veré por miles, pero me quedo con Chile" rezaba en su parte final.

A las 0800 del 17 de mayo la "Esmeralda" rendía los honores de cañón a la República del Ecuador. En el sitio de ataque nos esperaban las autoridades navales y una banda encargada de entablar un duelo musical con la nuestra. En esta oportunidad, estrenamos un nuevo himno, "Libre" en su adaptación militar, que fue entonada por toda la tripulación.

Nuestra estadía en este puerto estuvo rodeada del cariño que por los chilenos sienten los ecuatorianos. Fue así como una delegación de oficiales y guardiamarinas, encabezada por el propio señor comandante, fue invitada al Palacio de Gobierno en Quito para ser recibidos por el Presidente de la República, general Rodríguez Lara.

Después de tres días de visita oficial, nos llegó el momento del zarpe a las 19,30 del 20 de mayo, dejando atrás aquellos gratos momentos pasados entre aquellos hermanos. Ahora el buque escuela contaba con un integrante más en su tripulación: el alférez de fragata Mario Cevallos, quien pronto se integró al curso de guardiamarinas como uno más, ganándose nuestras simpatías por su sencillez y afabilidad.

A las 0800 del día siguiente, 21 de mayo, toda la dotación de la "Esmeralda" formó en toldilla para la izada del pabellón patrio mientras se descargaba una salva de 21 cañonazos. Era el homenaje de esta "Esmeralda", la de las velas blancas, a su antecesora gloriosa que legara a Chile el más heroico triunfo en el mar. Era el homenaje de las nuevas tripulaciones, las del moderno siglo XX, para esa de héroes que no vaciló en ofrendar sus vidas en el altar sagrado de la Patria. Sentimos el impacto solemne de los cañonazos de esta "Esmeralda" a la misma hora en que hacía 95 años, se había iniciado el desigual combate.

A mediodía en toldilla hubo un vino de honor, agradable plática que fue interrumpida a las 12.10 por un "atención" de corneta y otra salva de cañonazos, ahora con todo el aparejo cazado. En

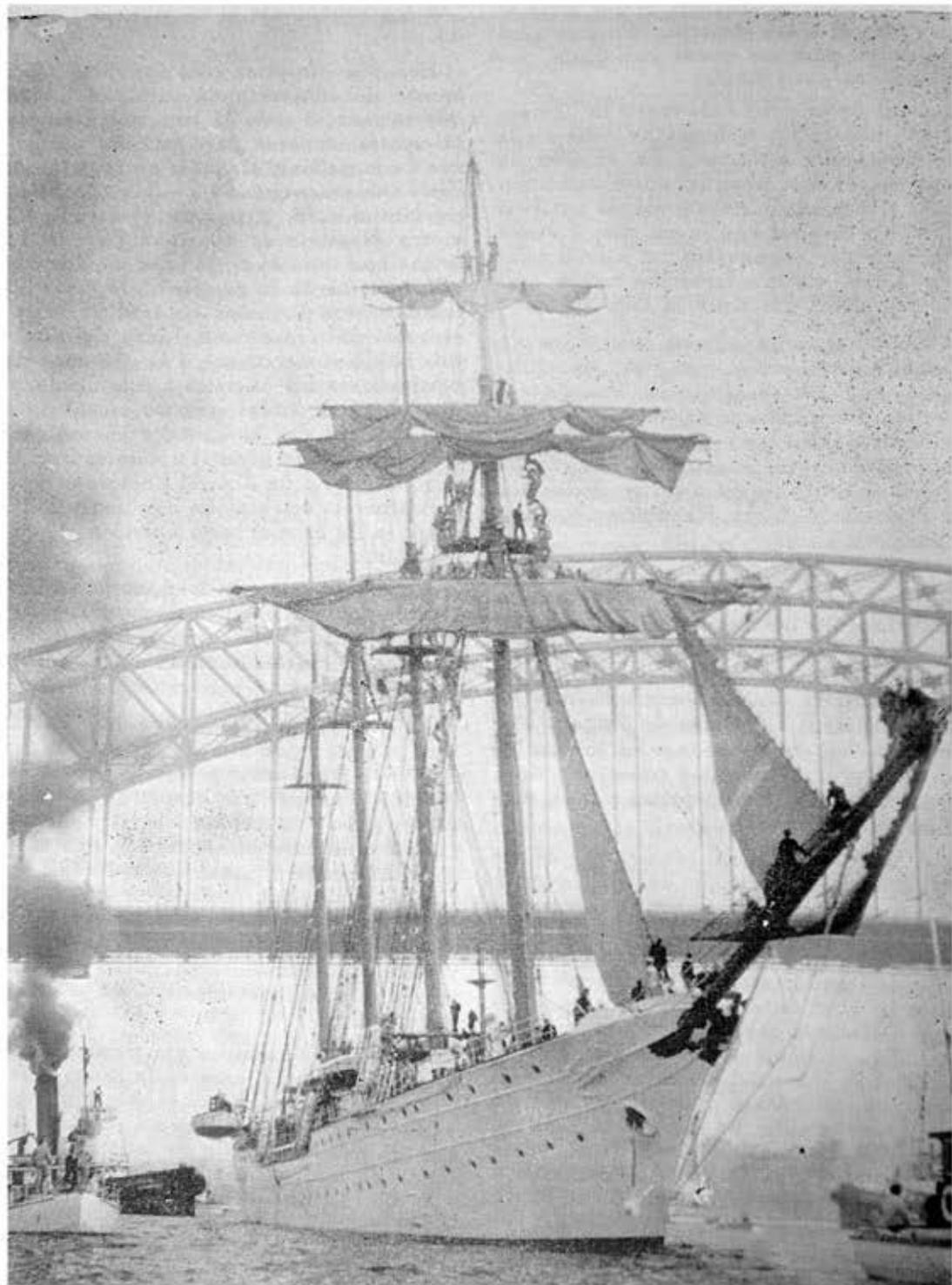
ese instante preciso se hundía la vieja "Mancarrona" ante el asombro del mundo.

Pero ese día tenía otra actividad más, aparte del almuerzo de camaradería en que se mezcló toda la tripulación en las diferentes cámaras para entonar canciones de la patria y rivalizar en tragatunes. Estábamos navegando en las cercanías de latitud cero, y pasado el crepúsculo el rey Neptuno se apersonó en nuestro buque con toda su corte para inquirir detalles acerca de la presencia de estos intrusos en sus dominios. La tradicional ceremonia del cruce de la Línea del Ecuador había comenzado. Las bromas de costumbre a los oficiales y suboficiales y el bautizo de todos quienes cruzábamos por primera vez el Ecuador dieron un ambiente festivo general a nuestro buque, que duró todo un día. Al final de éste finalizamos la celebración con una velada, después de lo cual todo volvió a la normalidad.

En esta navegación los guardiamarinas efectuamos una práctica de supervivencia en alta mar, donde aprendimos a conocer más de cerca este mal llamado Océano Pacífico.

El término de esta travesía, El Salvador, con su gente hija de los mayas, nos mostró la exuberancia de su vegetación y la amistad que nos brindaron sus militares. Ellos ya sabían de los chilenos, gracias a la brillante actuación que tuvo en su historia el general Carlos Ibáñez del Campo, quien fue uno de los forjadores de lo que es hoy el Ejército de esa nación, el que es ejemplo de disciplina y eficiencia, habiendo cumplido con su patria valerosamente, pese a su pequeña magnitud.

Dejamos El Salvador con rumbo a San Francisco el 2 de junio en la tarde. Nuevamente nos hacíamos a la mar y nos invadía ese frescor que siente el espíritu cuando se ve en medio de la azul inmensidad. El mar ya nos parecía familiar y, más aún, habíamos aprendido a amarlo. Y llegó el día en que lo conocimos en su expresión bravía, aunque no tanto como nos lo había deseado el almirante Merino cuando la promoción de subtenientes de 1974 se graduó: "...les deseo los peores temporales y las situaciones más



El BE. "Esmeralda" entrando a Sidney, Australia.

difíciles, que es la forma en que se hagan matinos..."; nos había dicho en esa oportunidad. Durante dos días pareció que sus palabras se harían realidad, pero el huracán "Coniff" se hallaba a 400 millas por nuestra popa y sólo su cola nos estaba afectando.

Ya en las cercanías de San Francisco, avistamos al portaaviones nuclear "Enterprise": la moderna tecnología naval se encontró de frente con la tradición marinera.

El día 21 de junio al alba se encontraba en plena actividad toda la tripulación de la "Esmeralda": el comandante había decidido pasar bajo el puente Golden Gate con todo el aparejo cazado.

Aproximadamente a las 0800 la silueta blanca de nuestro buque se rodeaba de la nube de humo de sus cañones mientras traspasaba la Puerta de Oro, concurrendo en ese cuadro los tres colores nacionales: el rojo del puente, el blanco de la "Esmeralda" y el azul de las aguas.

Una escolta de pequeñas embarcaciones que portaban banderas chilenas nos acompañó hasta el Bay Bridge, el más largo puente colgante del mundo, que une San Francisco con Oakland, ciudad vecina al lugar, donde se encuentra la base naval donde atracamos.

Nos encontramos frente a un mundo nuevo, ante una forma distinta de pensar y de proceder, ante un monstruo de la civilización y de la mecánica en todo orden de cosas. Nos propusimos conocerlo, y al hacerlo fuimos encontrando seres humanos como nosotros, que se emocionan al ver un idealismo como el nuestro y cuyos impulsos espirituales muchas veces se ven malogrados por el materialismo del sistema que los rige. Nos dimos cuenta que esa gente profesaba un gran respeto hacia nuestra raza, y que nos distinguen dentro de los latinoamericanos por nuestro carácter esforzado, ingenio, humor alegre y virtudes de buen amigo. Sin duda que nos sentimos halagados por estos conceptos, dichos por varios norteamericanos que tuvimos la suerte de conocer, no pudiendo menos que intentar corresponder a esta definición.

Los chilenos residentes se dieron por entero a nosotros durante nuestra estadía. Sentimos tan grande su amistad sin-

cera que nos pareció estar en casa, hogar donde compartimos el placer profundo de sentarnos a una mesa común ante el rasguído de guitarras.

Los casi 6 días de estadía no los sentimos. Zarpamos el 26 de junio después de mediodía rumbo a Portland, dejando en el muelle a aquellos grandes amigos que habíamos hecho en esos días. Nuevamente se desplegaron las banderas chilenas, pero ahora para enjugar las lágrimas de quienes sintieron la presencia de la patria lejana a la vista de la "Dama Blanca".

Salimos a mar abierto para iniciar una travesía de 6 días, que fueron un descanso después de tanto navegar por el trópico. En esta navegación nos acompañaron dos periodistas chilenos, uno norteamericano y un capitán de navío estadounidense que había sido comandante de una flotilla de destructores y en la actualidad se desempeñaba como presidente de la Asociación de Pilotos del río Columbia. El captain Hughes, con la convivencia que mantuvo con oficiales y tripulantes, se convirtió en uno de nuestros mejores "hinchas".

En esta navegación tuvimos un excelente viento, haciéndonos dar la mayor velocidad a vela de todo el viaje, 15 nudos. Nos hallábamos a la vista de tierra y pronto hubimos de poner proa para comenzar a remontar el río Columbia. Aquí nos encontramos con una fisonomía de la naturaleza muy similar a la que existe en los canales del sur de Chile. La vegetación y el clima nos dieron esa idea.

Durante todo un día navegamos el Columbia en demanda de Portland, efectuando una maniobra general para cazar el aparejo frente a la pequeña ciudad de Astoria, cuyos habitantes quedaron impresionados al ver este cuadro digno de los viejos tiempos marineros. Aquí cruzamos un pequeño puente colgante que sobrepasaba apenas en un par de metros a nuestro buque.

Arribamos a Portland el 29 de junio al atardecer y esperamos fondeados a la gira el momento de recalar oficialmente, pese a que parte de la ciudadanía nos dio la bienvenida esa tarde misma al acercarse en embarcaciones a saludarnos. Pero no tardaría la gente de Portland en contar con nuestra presencia, mejor di-

cho, en percatarse de la invasión naval de que habían sido objeto. Por ser esta ciudad mucho más pequeña que San Francisco, costaba menos que la densidad de marinos chilenos por kilómetro cuadrado fuera mayor.

Tanto nos hicimos sentir que nos organizaron una manifestación... en contra. El comunismo había pagado a varios pacíficos ciudadanos para portar carteles durante dos horas frente a nuestro buque. Digo pacíficos, porque en realidad lo eran. Incluso nos resultaron simpáticos, llegando casi a que termináramos como gratos conocidos. Es que no era muy difícil comprender que nadie sabía por qué alegaba dentro de ese grupo, ya que había algunos que protestaban contra la expropiación de las minas de cobre por parte del gobierno de Allende. Ante hechos tan jocosos, no podíamos permanecer impertérritos, y por ello entablamos el diálogo con varios contramanifestantes. Finalmente, esa contramanifestación se desinfló por sí sola.

En Portland nos halló el día nacional de Estados Unidos y ofrecimos una ofrenda floral. En la noche fuimos espectadores del festival de fuegos artificiales con que se mantiene viva la tradición de la bandera de las franjas y las estrellas flameando bajo el fuego del combate.

—oOo—

El 20 de julio se celebraba en toldilla una singular ceremonia. El Hot Dog Party, reuniéndose toda la tripulación del buque escuela para festejar la mitad cronológica de nuestro crucero de instrucción: nos hallábamos de regreso a la Patria que, pese a las mil aventuras, comenzábamos a añorar.

Aún nos recordábamos del zarpe de Portland, de la emoción que embargaba al captain Hughes cuando se desembarcó de nuestro buque, tras haber presenciado la maniobra para cazar el aparejo que efectuamos al salir del río Columbia. Entonces, desde las vergas, le habíamos hecho un saludo de adiós. Gran amigo el gringo.

Pero ahora, con un hot dog en la mano y una cerveza en la otra, no podíamos disimular la alegría al saber que ya íbamos de regreso. Esa noche, en vista del poco viento, se decidió azotar el palo

para conseguir de Eolo el favor de ver nuestras velas henchidas. Sin embargo, pese a los azotes, no recibimos buen viento sino sólo tres días después.

El 25 de julio en la mañana arribamos a Pearl Harbor. Un grupo de cuatro niñas nos ofreció una danza típica, procediendo luego a lanzar sus collares de flores (leis) hacia nuestro buque en señal de bienvenida. Habíamos llegado a la tierra del Aloha.

El atractivo de Hawaii radica en la conjunción de lo moderno con la tradición de quienes lo poblaron en sus albores, armonía que llega a tener poesía. Conocimos de las puestas de sol entre palmeras, de las delicias de un mar cálido, de las barreras coralíferas y su inquieta vida submarina, del embrujo de una vida nocturna bullente, de la cultura polinésica. Verdaderamente, Ohau, la isla principal, enamora a quien la visita. En ese pedazo del mundo enclavado en el medio del Pacífico, uno se aísla del resto del planeta para vivir el encanto de su bullicioso y alegre trajín.

Y muy cerca de nuestro buque, en Pearl Harbor, un recuerdo de la guerra: el US "Arizona Memorial" sigue hoy en día en servicio activo y es izada la bandera norteamericana en su asta todas las mañanas. Pese a las circunstancias totalmente diversas, no pudimos dejar de acordarnos del "Huáscar".

—oOo—

Mientras el curso de guardiamarinas subía a las vergas a largar la vela y cazaba foques y estayes, el resto de la tripulación hacía igual maniobra en los palos mayores y mesana. Corría una excelente brisa y desde lo alto divisábamos las arenas áureas de Waikiki, la playa principal de Honolulu y que tanto frecuentamos en los siete días que permanecemos en el archipiélago. Desplegamos las velas como pañuelos diciendo adiós y pusimos rumbo al sur. El ocaso nos sorprendió a muchos meditando en cubierta. Había quienes tenían en sus manos el retrato de aquélla que quedó en el muelle de Pearl Harbor con lágrimas en los ojos; otros que llevaban en la mente al grupo familiar que los había agasajado con su hospitalidad, y todos, en general, con la

felicidad de poder decir "un puerto más, un puerto menos".

Los días de navegación se sucedieron rápidamente. Una mañana despertamos y nos vimos rodeados de palmeras, en una bahía que nos recordaba lo que muchas veces habíamos visto en fotos y películas de la Polinesia. Es que realmente estábamos en la Polinesia, aunque no lo creyéramos, y fue Moorea la isla que nos vio pintando el buque durante casi tres días, que aprovechamos muy bien para conocerla con todo su encanto salvaje.

En Papeete, capital de Tahiti, tuvimos una recepción grandiosa. Centenares de personas se habían dado cita en el muelle para esperar a la familiar silueta de la "Dama Blanca", a la vez que un grupo de danzas autóctonas tomaba posición para deleitarnos con su arte, el que se conserva puro como la vegetación que adorna esas islas. La fuerza rítmica y la expresión del espíritu aventurero y navegante de sus antepasados son las características esenciales del folklore polinésico. Este es el mundo maravilloso que había apasionado a Gauguin, donde la civilización de Occidente, que pretende hoy extender sus tentáculos hasta ese paraíso, cae ante la presencia majestuosa de una naturaleza bruta y hechicera. El romance de ese verdor herbóreo atrae lo indecible, y como que se nos va quedando el ritmo del "tamuraé" en la sangre.

Un acontecimiento dio brillo especial a nuestra estadía: la fiesta a bordo que ofreció el personal. Con esa picardía tan propia de nuestra gente, conquistaron a Tahiti por intermedio de sus mujeres.

Inexorablemente pasaron los días que permanecemos en la isla. Llegó el día del zarpe y de nuevo estaba toda esa multitud allí, para cubrirnos el cuello de collares y decirnos hasta pronto, porque saben que el buque volverá aunque con otras almas. Cuando zarpamos los "leis" cayeron al agua para corresponder a la tradición polinésica que dice que si el "lei" llega a la playa, el que parte volverá. Muchos así lo esperábamos.

Por la proa teníamos la más larga navegación del crucero de instrucción. Veintinueve días nos separaban de El Callao, nuestro puerto de recalada, y decidimos combinar lo útil con lo agradable. Para esto nada mejor que un buen programa

de veladas artísticas para cada sábado de la navegación, lo que los diferentes departamentos tomaron como una forma de sana competencia.

Los de máquinas, los de maniobras y, finalmente, los guardiamarinas animaron el programa de veladas, que culminó con una Gran Velada de Veladas el día 19 de septiembre, como acto cumbre de la celebración de Fiestas Patrias.

Pero los días de la Independencia vivieron entre nosotros unas festividades especiales. Primero fue el 11 de septiembre con su aún latente júbilo, cuando una mañana se nos había mezclado la alegría del triunfo con el sentir de una nueva responsabilidad que cayó sobre nuestros hombros. El fragor de la metralla se había acabado hacía un año y sin embargo, la lucha continúa, ahora contra un enemigo escondido y contra el gigante rojo que se enfureció al punto en que nos escapamos de sus garras, tal como lo habíamos comprobado en varios puntos de nuestro crucero de instrucción. Y a la hora del recuerdo, elevamos una plegaria por todos aquellos que rindieron la vida porque quisieron conservar, para su patria, una bandera libre.

El 18 de septiembre teníamos aún latente ese espíritu cuando nuevamente los cañones de la "Esmeralda" rugieron para el izamiento del pabellón patrio: comenzaban las Fiestas Patrias.

Una ramada en que el wípe y la lona pintados reemplazaban a los verdes ramajes centralizó nuestra celebración. Sentíamos que la Patria estaba cerca como nunca, porque todo a bordo nos hablaba de ella: el almuerzo "campestre" en cubierta, con empanadas y vino tinto, las tonadas y las cuecas de los tripulantes vestidos de huaso, la alegría por doquier, las banderas izadas al tope de cada palo. Chile vivía en nosotros y nosotros en un pedazo suyo a flote.

Cayó la tarde y los últimos rasguídos de guitarras enmudecieron ante la salva del ocaso. La "Esmeralda" siguió navegando aquel día de su XIX Crucero de Instrucción en que sus tripulantes la habían rodeado de la gloria del pasado.

A la vista del Morro de Arica, con su escudo chileno bordado en piedra, nuestro buque se hacía a la mar rumbo a Valparaíso, el hogar. Formados en los pues-

tos de "repetido general" se nos pasaron por la mente como un rayo los últimos sucesos. La estadía en el Perú y la hospitalidad de los marinos peruanos, que hicieron honor a la caballerosidad que rige a los hombre del mar, nos habían dejado gratamente impresionados. Volvimos a Chile con la convicción de que mientras nuestras dos naciones hicieran caso omiso a rumores interesados, nuestros pueblos podrían hacerse grandes en la paz.

Después de El Callao habíamos recalado en la ciudad del sol, Arica, primer puerto chileno que tocábamos desde hacía cinco meses. Recordábamos la emoción de pisar el suelo patrio y de escuchar las guitarras de bienvenida, en ese instante en que se fusionaron en un abrazo estrecho la ciudad nortina que se siente más chilena que ninguna y el buque símbolo de la patria chilena ante el resto del mundo.

Todo había sucedido tan rápido, que nos cupo en el pensamiento mientras mirábamos esa insignia del histórico Morro, ahora atestado de gente para presenciar el zarpe de la "Dama Blanca".

Cazamos las velas para despedirnos de Arica, poniendo rumbo al sur mientras nos escoltaba una cortina de embarcaciones menores, además del "Papudo". Testigo de nuestra navegación fueron ahora el desierto y su silencio hasta el momento en que recalamos en Laguna Verde. Eran las 06.30 horas del día 11 de octubre y el frío reinante aquella mañana nos hacía recordar la recalada a Valparaíso de hacía seis meses, cuando volvíamos de reparaciones.

Había pasado mucho desde entonces, porque a bordo, aunque se va el tiempo entre los dedos, se vive lo que en otros lugares se vive en años, o sencillamente no se llega a vivir. Habíamos conocido el mar y nos quedaba mucho por conocerlo aún, habíamos visto otros mundos y tomado contacto con gentes diferentes, pero sin duda que nada tan importante como el conocimiento que adquirimos de nuestros camaradas de profesión y de nosotros mismos. Se confirmaba el viejo refrán: "Quien quiera conocer a un hombre hasta agotar, hágase con él a la mar".

Cazamos las velas por última vez. Aquella mañana había llegado a bordo el almirante Eberhard a comprobar nuestro grado de eficiencia marinera en esa corta navegación a vela, que culminó cuando pasamos frente a ese buque anclado por siempre en un peñón de Playa Ancha: la Escuela Naval "Arturo Prat".

Y después de escuchar las palabras del almirante, en que nos manifestaba el sentir propio y del Supremo Gobierno por nuestra recalada a casa, el buque escuela "Esmeralda" puso proa hacia el molo de Valparaíso, teniendo de fondo esos cerros tan queridos que se tragaban su alba silueta, como un ave que refugia a su polluelo.

Y así, con su bagaje de vivencias y venturas, con la satisfacción en cada uno de sus remaches y planchas de saber que se ha cumplido eficientemente la jornada, la "Esmeralda" se acercaba lentamente hacia esos pañuelos que palpitan como blancos corazones: era el hogar.

